

La recepción de las teorías de Cesare Lombroso en España

Era yo un joven estudiante universitario cuando escuché por vez primera el nombre y las teorías de Cesare Lombroso; fue en una clase de Derecho Penal, cuando un profesor hizo una detallada descripción del "uomo delinquente": mi compañero Mario -una buenísima persona- tenía algunos de los "estigmas" del "delincuente nato": bromeamos, reímos y, en aquel mismo momento, llegamos a la conclusión de que toda la teoría lombrosiana era un completo disparate.

Fueron los últimos años del S XIX el momento de máxima discusión y actualidad en España de las doctrinas del doctor Lombroso: el terrorismo anarquista, la aparición de un nuevo tipo de delincuencia -estrictamente urbana- fruto de la industrialización, la divulgación de las teorías de Darwin, la aparición del folletín y de un tipo de prensa sensacionalista dedicada a la crónica criminal, la novela naturalista, la aparición de los primeros psiquiatras - denominados "alienistas" en la época-, etc, generaron en la sociedad española y europea una fascinación por la criminalidad en general y por la figura del criminal en particular

El notable éxito de los criminólogos positivistas italianos se debió a que, al amparo de la ciencia, con un lenguaje clínico aparentemente imparcial y científico, proporcionaban una fácil explicación a una situación de malestar y de crisis social. Una explicación de un mecanicismo darwinista en el peor de sus sentidos, es decir, simple por no decir burda.

Las ideas lombrosianas tenían la dudosa virtud de interesar, más allá de los círculos de especialistas, a un amplio sector de la intelectualidad; de ellas hablaban también los pedantes y hasta los más profanos. Cualquiera se podía apropiarse del lenguaje de Lombroso, incluso sin haberlo leído en profundidad: bastaba con ver las estampas y leer la leyenda con la descripción del desdichado de turno. Cualquiera podía imaginar ser un flâneur -a la manera de Baudelaire- paseando por los barrios pobres de la ciudad.

Max Nordau, amigo y discípulo de Lombroso, ejerció una gran influencia en el mundo artístico y literario con su ensayo *Degeneración*, traducido al español en 1902. Resulta paradójico que una parte importante de la propaganda nacional-socialista

tuviese su origen en libros de escritores hebreos y lombrosianos: Max Nordau fue el primero en hablar del llamado Arte Degenerado. Uno de los mejores escritores en lengua española del s. XX, Pío Baroja, escribe en sus memorias : «Colaboraban en esta expectación [el novelista se refiere a los grandes crímenes de fines del siglo XIX] las teorías de los criminalistas y de su ciencia, más o menos fantásticas, que habían inventado Lombroso y sus colaboradores italianos. En todas partes había un pequeño Lombroso. En Madrid era el doctor Salillas»

Y el Premio Nobel de Medicina de 1906, Santiago Ramón y Cajal, en su libro Charlas de café escribe lo siguiente: «Asombra reconocer el candor infantil mostrado por los sabios eminentes en cuanto abandonan sus habituales trabajos... Aún en los dominios cursados por ellos y objeto preferente de sus reflexiones, muestran alguna vez obcecamientos e inocencias críticas que nos hacen sonreír. ¿Quién no recuerda la credulidad algo infantil de Lombroso al aplicar sus célebres teorías del criminal nato y del genio insano? Cuando topaba con delincuente feroz de irreprochable conformación anatómica, "¡bah! -exclamaba- éste es criminal de ocasión".

Encuentra un genio como Verdi, admirablemente sano y ecuánime? "Este -nos dice- no pasa de ser un ingenio." Y fascinado por sus propias concepciones, olvida contrastarlas con la biografía de los magnos y normales genios de la Humanidad. Y cuando , apurado , cita a algunos de éstos, es para motejarlos de vagabundos, sordos, insensibles o longevos. ¡la longevidad síntoma del genio!....»

A día de hoy Lombroso es un perfecto desconocido en España...dudo, incluso, que se estudie en la Facultad de Derecho; no obstante algunas de sus teorías, como la del genio demente, permanecen en el imaginario colectivo de la población.

Como decía el filósofo colombiano Nicolás Gómez Dávila: «La historia de la incredulidad es más rica aún en episodios grotescos que la historia religiosa.»

Carlos Martinez Spain